

Vemos la virgen mártir,
 Más fuerte que el león que la devora,
 La rota veste recogiendo en calma,
 Pues de ella el solo postrimer anhelo
 Es elevarse inmaculada al cielo.

Y ¿ por qué, simpatías
 Nos infunde la suerte del que sufre,
 Y nos hiela de horror el victimario?
 ¿ Por qué, si la justicia aquí padece
 Siempre su instinto en nuestras almas crece?

Lo grande tiene un habla,
 Un no sé qué espasmódico y profundo,
 Algo que hace entrever cosas remotas,
 Ó recordar algunas que pasaron
 Y que huellas visibles no dejaron.

También cuando miramos
 Desde audaz eminencia los abismos,
 Ó en estrellada noche el firmamento,
 Ó escuchamos el trueno del torrente,
 El mismo íntimo espasmo el alma siente.

Tenues signos son éstos
 Que vienen, al azar, del nuevo Oriente;
 Vagos anuncios del futuro día
 En que, como tras largo parasismo,
 Cada ser dudará de ser el mismo.

TEÓDULO VARGAS, S. J.

Nadie había oído hablar del P. Teódulo Vargas como poeta, hasta el año de 1894, en que *El Correo Nacional* de Bogotá publicó su oda *El Crucifijo del jesuita*; y por cierto que no se necesita más para calificarle de gran poeta. « Aplaudid hoy — dice D. Rafael Pombo en una introducción que puso á esa poesía — no al predicador sino al poeta, nacido para nosotros grande, amanecido en pleno medio día, no diremos como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino como los inspirados de súbito en Pentecostés, por la gracia de Dios... ¿ Qué decir en lo literario é intelectual de este canto? Paréceme todo él precisión, limpieza, energía, elegancia, naturalidad de plan y ejecución, desde la primera estrofa, esculpida como su tema (el regalo de un bello Crucifijo, la inseparable arma de ordenanza de los caballeros soldados de Loyola), hasta el último verso, que lo resume :

Imagen de tu Dios crucificado.

Oda clásica, porque puede servir de modelo, por su regularidad y aristocrática pureza. » Y en verdad que no puede ser más poética y sentida la narración de la gloriosa carrera de la cruz que acompaña al hombre desde la cuna, al través de todas las tristezas y miserias de la vida, hasta depositarle en la tumba; y aun allí, cuando todos se van, sólo queda el Crucifijo haciéndole eterna centinela. El P. Vargas, de origen santandereano, ha vuelto á Colombia, después de más de treinta años de residencia en el Ecuador.



EL CRUCIFIJO DEL JESUÍTA

Á SANTIAGO ARROYO

EL DÍA QUE HIZO SUS VOTOS DE RELIGIOSO DE LA COMPAÑÍA
DE JESÚS

HOMINES MUNDO CRUCIFIXOS ET
QUIBUS IPSE MUNDUS SIT CRUCIFIXUS,
VITAE NOSTRAE RATIO NOS ESSE POS-
TULAT. (*Summa et scopus Constitutio-
num Societatis Jesu*)

Hoy que con triple misterioso clavo
Te aferras de la Cruz en la aspereza,
Y de Jesús imitador y esclavo
Renuncias libertad, placer, riqueza,
Inmolándote ¡oh fuerte!
En perenne holocausto hasta la muerte,

Acepta y guarda como gran tesoro
Esta de inmenso amor exigua ofrenda.
¿ Exigua? no; de Ofir humilla el oro;
Es de gloria inmortal divina prenda;
Es el don máspreciado —
¡Imagen de tu Dios crucificado!

Éste es el rostro que serena el cielo;
Éstos los brazos que los astros mueven;
Éstas las llagas del dolor consuelo;

Éste el costado abierto de do llueven
Deleites á raudales,
Cual de urna de alabastro y de corales.

Y si es también imagen del valiente
Que á sí se vence, al mundo y al infierno,
Y en pos siguiendo de Jesús paciente,
A la afrentosa Cruz se liga tierno
Y en sus brazos se inmola,
¡ Tu imagen es, nuevo hijo de Loyola!

« Á cuantos hubo el Hacedor previsto
Para reinar en la gloriosa altura,
Los llamó á ser imágenes de Cristo
Y á sufrir sus tormentos y amargura
Y ¡ ay del cristiano ingrato
Que en sí no ostente el divinal retrato! » (1)

¡ Tú lo ostentas!... Si en noche tenebrosa
Por recia mar tu corazón navega,
Y la onda airada del dolor te acosa,
La Cruz abraza y con tu llanto riega,
Y hallarás para tu alma
Viva luz, santo gozo, estable calma.

Si acerbo desengaño, mustio tedio,
Helada ingratitud, odios insanos
Tu pecho oprimen con tenaz asedio,
Corre, corre á estos brazos soberanos,
Y en todo afán ayuda
Te dará el Corazón que no se muda.

(1) San Pablo, Epíst. á los Rom., Cap. viii.

Como al sentir la tímida paloma
 El rayo que arrojóle mano astuta,
 De la albarrada al hueco el vuelo toma,
 Vuela, alma herida, á la encantada gruta
 Que abrió lanza atrevida
 Para ofrecerte en la aficción guarida.

Mírala siempre con amor profundo,
 ¡Oh vaso de elección! y vivo celo
 Tu noble pecho abrasará, que al mundo
 Despierte, alumbre y le derrita el hielo
 Con el amor que inflama
 Y en torrentes de vida se derrama.

*
 **

¿ Qué veo?... ante mis ojos se esclarece
 El porvenir... ya apóstol te contemplo;
 Ya enhestada en tu mano resplandece
 La insignia redentora; ya en el templo
 Tu labio se despliega
 En voz tan dulce que hasta el alma llega.

Mueves guerra al infierno; muchedumbres
 Tornas á Dios; en la nublosa mente
 Derramas lluvia de celestes lumbres;
 Y al escuchar tu voz, la torva frente
 Humilla el error ciego,
 Lava el crimen de lágrimas el riego.

Tu bondad hace de consuelo acopio
 Para todas las penas; anhelante
 En el ajeno bien busca el bien propio;

Que tu celo ardoroso, más radiante
 Que el puro astro del alba,
 Salvando á los demás á ti te salva.

La faz tostada por el sol ardiente
 Y en la diestra el bordón del peregrino,
 Discurre sin cesar de gente en gente,
 De la ley santa anunciador divino;
 Y el bien, la virtud brota
 Doquier se estampa tu sandalia rota.

Y en afán, y en fatigas, y en ultrajes
 Luchando brazo á brazo y pecho á pecho
 Llevas la luz del Cielo á los salvajes
 Hasta muerto quedar, pedazos hecho,
 Sin nombre, cruz ni tumba,
 Do el viento helado del desierto zumba.

Así, tras día largo y trabajoso,
 Al morir de la lumbre vespertina,
 Gimiendo el aura entre el follaje umbroso,
 Cansado labrador la frente inclina,
 Bañada en sudor noble,
 Sobre el tronco musgoso de alto roble.

Santiago, esto serás: tan altos dones
 Gozarás si la Cruz amares tanto,
 Si fueren sus afrentas tus blasones;
 Serás mártir sublime, apóstol, santo;
 Serás otro Bobola,
 Otro Javier, otro ínclito Loyola.

*
*
*

Ella será en las penas tu consuelo,
 En las dudas tu sabia consejera,
 En la acción y palabra tu modelo,
 En el viaje mortal tu compañera :
 ¡ Llévala, pues, contigo
 Como el más fiel y regalado amigo !

Llévala de la mar por la llanura,
 Del guerrero á los móviles aduarez,
 Del criminal á la mazmorra oscura,
 Del salvaje á los bosques seculares,
 Del pobre al vil tugurio ;
 Llévala de tus triunfos como augurio.

Llévala, mediadora soberana,
 Á do entre hermanos la discordia prenda :
 Do el sacro hogar disuelva furia insana,
 Sin que á la prole su llorar defienda ;
 Do cual hórrida nube
 De muerte henchida, la venganza incube.

Llévala del enfermo al triste lecho,
 Del dolor en los últimos destrozos,
 Á verle en ella derramar deshecho
 Su postrimero llanto entre sollozos,
 Y entre el llanto, la carga
 Soltar gozoso de la culpa amarga.

Llévala del cadalso á las sangrientas
 Gradas, y ponla sobre el labio inerte
 Del que sufre del crimen las afrentas:
 Si la humana justicia le da muerte,
 Esta imagen querida
 En el suplicio le dará la vida.

Vaya contigo al campo de batalla
 Á combatir por una y otra hueste,
 Disputando entre el hierro y la metralla
 Su botín á la cólera celeste ;
 Y allí el perdón extienda,
 Lauro común en la mortal contienda.

Relumbre en el naufragio, á los fulgores
 Del rayo cuando rompe y atropella
 La nave en caos de gritos y de horrores.
 Y si el mástil cayó, por mástil ella
 Al cielo se levante,
 Mostrándolo, cual puerto, al navegante.

Preséntala de lo alto mensajera....
 (El tiempo vuela, y en llegar no tarda
 La hora que el justo como premio espera
 Y con pavor el delincuente aguarda).
 ¡ Preséntala á tu madre
 Cuando el dolor su corazón taladre !

Cuando yazga en el lecho moribunda
 Con su lánguida mano la sostenga,
 Y tras la niebla que su vista inunda,
 La última mirada en ella tenga,
 Clamando : « ¡ Oh Dios, ten fijo
 Que te dí mi ser todo al darte mi hijo ! »

Y porque el hijo en tan solemne instante
Cuanto debe á la madre restituya,
Sé tú entonces para ella padre amante....
Da nueva vida á quien te dió la tuya ;
 Mándale alzar el vuelo,
Y á quien te dió la tierra dale el cielo.

* * *

¡ Oh, cuán bella en el nítido horizonte
Se alza la nube !... pero en su albo seno
Duerme el rayo que pronto valle y monte
Hará temblar con pavoroso trueno.

 ¡ Ya la tormenta estalla !
¿ Quién á su ímpetu fiero pondrá valla ?

Tal hoy de tu vivir la flor temprana
Con risueña frescura lozana ;
Pero ¡ ay ! marchita morirá mañana
Para que pasto al desengaño sea :
 Que en nuestro seno duermen
Larvas traidoras de la muerte germen.

 ¡ Sí, morirás !... mas triunfador guerrero,
Sobre el rico montón de tus despojos ;
Y de la Cruz armado, placentero
Verás la eternidad ante tus ojos :

 Si Cristo fué tu gloria,
Te dará entonces la final victoria.

 ¡ Y gozarás aunque luchando mueras !
Que al dar la vida entre congojas tantas,
Tus suspiros, tus lágrimas postreras

Recogerán sus llagas sacrosantas
Y harán que, sin recelo
Dormido aquí, despiertes en el Cielo.

 Acepta, pues, y guarda cual tesoro
Esta de inmenso amor exigua ofrenda.
¿ Exigua ? no ; de Ofir humilla el oro ;
Es de gloria inmortal divina prenda ;
 Es el don máspreciado —
¡ Imagen de tu Dios crucificado !



BELISARIO PEÑA

Éste es uno de los poetas más notables de Colombia. Su clásica y magistral poesía *Á María* saldrá airosa de la comparación que de ella se haga con cualquiera de las mejores que en lengua castellana se han escrito en loor

De esta á quien tanto amamos Madre hermosa.

Peña nació en Zipaquirá, Departamento de Cundinamarca, hacia el año de 1836; desde 1857 vive en el Ecuador, y es miembro de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española.

Á MARÍA

Penas del corazón, duro quebranto
Del ánimo y del cuerpo, en largo olvido
Me han puesto ya del canto :
Ronca la voz me sale con gemido,
Y del estro divino el rayo ardiente
Ya no me inflama la marchita frente.

¿ Y pedirme aun osáis cantos y flores ?
¿ Y queréis que la lira polvorosa
Resuene con loores

De esta á quien tanto amamos Madre hermosa?
¿Y yo á arrojarme á dároslos no dudo
Con lengua torpe y con el labio rudo?

No, no dudo de dároslos. ¡María,
Amor de mi niñez, luz de mis ojos,
Única madre mía,
Permite que á tus plantas hoy, de hinojos
Rompa el amor filial, si tanto alcanza,
El silencio á mi voz en tu alabanza!

Si nunca al crimen yo, si á vil grandeza
Jamás orgullecí con mis cantares,
Ni á guerrera proeza
Tributé gloria, pueda en tus altares
Sonar mi lira, con tu nombre ufana,
Indocta, humilde, pero no profana.

Ni la impiedad proterva ó duda inerte
Ó indiferencia helada me apagaron,
Con las sombras de muerte,
El sol de viva fe; nunca albergaron,
Como en cavernas, en la mente mía
Miedo y tinieblas, á pesar del día.

Yo creo en ti, y sé que ante el fulgente
Trono do estás, espíritus alados
Postran la inmortal frente;
Y que á velar tu gloria, meneados
Los áureos incensarios por querubes,
Vuela el incienso celestial en nubes;

Que de éxtasis divinos poseídos,
Los que la lumbre ven de tu hermosura
Anhelan más sentidos

Para gozar lo bello. Eres tan pura
Que el puro sol y cándidas estrellas
Indignos son de recibir tus huellas.

Sé que tú eres el iris que se ostenta
Deteniendo al nublado en que se inflama
El rayo y la tormenta;
Que eres lucero y sol y mar y llama,
Lirio y rosa del valle, y que los hombres
De cuanto hermoso ven te dan los nombres;

Que á ti llegan con súplica y lamento
Los dolores humanos, y el profundo
Gemido y el tormento
De almas que esconden su dolor al mundo,
Y que tienes de madre, entre mil dones,
De madre amor, de madre los perdones.

Sé... nada sé, Señora. ¡Quién supiera
Decir lo que eres tú! Corredme el velo
De la celeste esfera;
Dádmela ver como se ve en el Cielo,
Y entonces ¡necio yo! ¿qué hombre podría
Balbucir tus grandezas, oh María?

¿Cómo te alabaré? ¿Qué necesito
Para agradarte yo? ¡Corazón, toma
Con ímpetu infinito
Vuelo de rayo en alas de paloma,
Y flameando amor, arde y recibe
Muerte de amor, y á más amor revive!

Esto grato te fuera; mas las vendas
Terrenas me aprisionan: ¡ay! culpado
Yo también por las sendas

Y las zarzas anduve del pecado,
Y cien veces y mil estampé en ellas,
Como en el polvo del camino, huellas.

Ven, pues, á mí, Señora; una palabra
Di que me purifique de su escoria
El corazón, y labra
Un trono en él, do estés: así en tu gloria
Se abraze el mundo, y ciña esa corona,
Galardón prometido al que perdona.

Yo, ¿qué podré ofrendarte? No diamantes,
Que estrellas mil y mil de la mañana,
Y soles rutilantes,
Brillos y luz te rinden por peana;
Ni el oro con que dieron viles manos
Paga al pudor y cetro á los tiranos.

¡Ah! ¿Qué podré ofrendarte? Niños, vamos,
Llevadme á la florífera colina
Donde enlazáis en ramos
Vario clavel con rosa purpurina,
Do para el ara vuestra mano arranca
El lirio azul y la azucena blanca.

En armónica voz y alterna en coro
Con ruido de aguas, y de brisas y aves,
Soltad los labios de oro;
Guirnaldas retejed, y aromas suaves
De inocencia infundidles, que yo pío
Lágrimas pondré en ellas por rocío.

¡ Ah, cuánto es grato al alma, cuán hermoso
Gozar vuestra alegría! Sienta al menos
Con verla yo, reposo.
Labios que no han mentido, ojos serenos,
Paz sin deseos... mi paterna estancia,
¿ Do están, y la pureza de mi infancia?

Sólo quedan memorias dolorosas
Cual de pristina esencia al botecillo
Su fragancia de rosas.
No tengo ya ese don puro y sencillo
Que á ti, Virgen de vírgenes, agrada
Más que otro don de la terrena nada.

Sí, sí lo tengo y dártelo hoy ansío:
Dime, ¿ mi hijo adorado que allá tienes,
No es el corazón mío?
Él fué mi bien, el oro de mis bienes,
Y tú me lo arrancaste en esa amarga
Noche de mi dolor, oscura y larga.

Aun recuerdo, Señora, de sus ojos
El sidéreo mirar; aun veo ahora
En ambos labios rojos
Las tintas sonrosadas de la aurora,
Y entre albor de azucenas dulcemente
La inocencia riéndole en la frente.

En exceso le amé: por eso tierna
Y sin hacerle en el semblante agravios,
Con la leche materna

Y tu nombre dulcísimo en los labios,
Mano de ángel á ti raudo llevólo
Mi hogar dejando silencioso y solo.

Solo, mas no en silencio : llena el viento
En vez de su bullicio y su argentina
Voz, la de mi lamento,
Y al morir de la lumbre vespertina
Le llamo por doquiera, y á mi oído
Hiere en respuesta el maternal gemido.

Tú, que eres madre y padesciste tanto,
Lo que se ama y se llora al hijo sabes :
¿ Y por qué de mi llanto
No te doliste y de mis penas graves ?
Con él perdí mi luz, perdí mi calma,
Cuanto es el corazón, cuanto es el alma.

Aun hoy de llanto ciego, y desatando
Con sollozo el aliento en la garganta,
Trémulo voy alzando
El paterno holocausto á tu ara santa.
¿ Lo aceptas ? . . ¡ Ah ! me embarga la alegría,
El gozo de ofrecértelo, María.



A LA MUERTE DE F. ORTIZ BARRERA

¡ Apagóse tu vida ! el pensamiento
Voló como el perfume
Que hurta al clavel y al nardo el vago viento
Y vuela en el espacio y se consume.

Hoy sin ti, solo, vuelvo á la colina
Do íbamos á sentarnos,
Viendo morir la lumbre vespertina
Y de la patria ausencia á consolarnos.

Á hablar de nuestras penas y alegrías
Cual lo hacen dos hermanos,
Á hablar de nuestra patria, y de otros días
¡ Ay ! más felices cuanto más lejanos.

Y, como entonces, hoy las sombras vagan
Aquí y allí indecisas;
Los colores se encienden y se apagan,
Y bullen y sollozan mansas brisas.

Al tocarla del sol el sesgo rayo,
Proyecta larga sombra
La campesina cruz que enfloró Mayo,
Del gramal verde en la movible alfombra.

El azul de los montes se oscurece
Y el sol, al fin, del cielo
Con visos de oro y bermellón guarnece
De riza nube el apiñado velo.

Los mismos melancólicos rumores
En los bosques y el río,
Y la misma tristeza hay en las flores,
Y del sembrado en el verdor sombrío.

El águila cansada se desliza,
Sin dejar huella alguna,
Con tardo vuelo, entre la luz rojiza
Del sol que muere y la naciente luna.

Ráfagas raudas de cambiante lumbre
Varetean el lago,
Y de insectos la turbia muchedumbre
Crúzanse urdiendo en remolino vago.

Hoy los ecos del campo como entonces
A la plegaria pía
El clamoreo espacian de los broncees,
Lejos muriendo en la región vacía.

¡ Oh sombras que enturbiáis el cristalino
Azul del puro cielo !
¡ Cuán tristes sois al vago peregrino !
¡ Cuántos recuerdos dais del patrio suelo !

Á esta hora, triste tú, los ojos grandes
Hacia la patria fijos,
Buscábasla en las sombras de los Andes
Y orabas por tu esposa y por tus hijos.

Sí, por tus hijos huérfanos ; ¡ ay ! y ellos
No lo saben siquiera,
Ni velada la faz con los cabellos
Llora viuda tu dulce compañera.

Era entonces tu voz tan blanda y suave,
Tu mirar tan sereno,
Como el adiós que trina al sol el ave,
Como del cielo immaculado el seno.

Y ya la vasta frente sombreaba
Honda melancolía,
Ya férvida en tus ojos chispeaba
La inspiración vivaz de una poesía.

Hoy, solo voy, y pienso vas conmigo :
Me vuelvo á hablarte y callo ;
Torno la vista á verte, á ti, mi amigo,
Y á mi lado como antes no te hallo.

¿ Por qué me abandonaste tú tan presto ?
¿ Se deja así á quien se ama ?
Aquí nada ha cambiado : aun en tu puesto
Ajada todavía está la grama.

Requiebra con tu amada redondilla
Á su querida el toche ;
Tu predilecta estrella limpia brilla
Entre la muda pompa de la noche.

¡ Si estuvieras aquí !... ¡ Cómo se ofusca
Mi ojo de ver ya lacio,
Que sin hallar confín, tiende y te busca
En los abismos hondos del espacio !

¡ Si estuvieras aquí, cómo te hablara
 Con íntimo cariño !
 ¿ Qué te dijera yo ? ¿ qué ? ¡ Me embargara
 Riendo y llorando cual lo hiciera un niño !

¡ Si por sola una vez volviese á verte
 Estrecho en mis abrazos,
 No pudiera la mano de la muerte,
 No, llevarte sin mí de entre mis brazos !

¡ Oh ! yo no sé de amor en la demencia
 Lo que sentir pudiera ;
 Ni sé si á mí, pasmado en tu presencia,
 Vida inmortal ó muerte el placer diera.

¿ Y es verdad ? ¡ tú sin luz ! ¡ los miembros lasos
 Sin vida ! No lo creo :
 ¡ Si ya vienes á mí, si oigo tus pasos
 Y oigo tu voz y tus sonrisas veo !

¡ Pero no llegas nunca ! ¿ Á dó te has ido ?
 ¿ Tu sueño es tan profundo
 Que nunca te despierte mi alarido,
 Ni el llanto acerbo en que por ti me inundo ?

Si golpeo á tu losa y te reclamo,
 La tumba que te esconde
 Hueca resuena cuando yo te llamo ;
 ¡ Torno á llamar, y nadie me responde !

Ya muere el sol, y el cielo luz no tiene ;
 No brilla ni una estrella ;
 La majestad de las tinieblas viene :
 ¡ Voy á dar rienda á mi dolor en ella !

A MARÍA MAGDALENA

Quando postrada ante Jesús los bellos
 Pies divinos al pecho recogías,
 Y con hilos de lágrimas vertías
 De nardo y de jazmín esencia en ellos ;

Y á enjugarlos tendiste esos cabellos
 Que fueron redes de oro en otros días,
 Do con lazos de amor prender solías
 De amadores lascivos torpes cuellos,

Osó vilipendiarte la ilusoria
 Piedad de la avaricia que envenena
 Las almas viles de piedad desnudas ;

Pero Jesús te ensalza : ¡ doble gloria
 Eterniza tu nombre, Magdalena!
 Te alaba Cristo, y te escarnece Judas.

